



El agua quieta

Por LEOCADIO MEJIAS

Y es que como no tienen mar, los pueblos de tierra adentro se consuelan con su charca humilde, en el ejido. Cuando no se ha visto el mar, la charca es muy grande; cuando no se han visto rascacielos, el campanario aldeano es muy alto. Al volver de una gran urbe, del puerto, la charca y la torre parecen insignificantes y nos admiramos de que ayer nos produjeran admiración. Pero el mar no tiene este encanto suave de la quietud surcada por patos ingenuos y barquitos de niños campesinos, espejo de pájaros y estrellas, bordeada de flores silvestres, que viste túnicas de cielo y se rompe en el atardecer por las pezuñas de los bueyes y el pisar de las mulas que entran sin cuidado, unidas en el yugo de arar, con el mástil a rastras y el labriego encima. Los rebaños la beben desde la orilla y al abandonarla dejan sobre su soledad un revoloteo trémulo de esquilas.

Todos se llevan un poco de la charca: las recuas, que al beber largamente la besan; los pájaros, locos, que la arañan con la punta del pico para tomar una gota; las nubes, que al pasar se miran en ella su oronda mole de aguardiente aguado. Es ámbar en la tarde dorada, sangre en el crepúsculo, porcelana nítida en el amanecer y joyero del cielo cuando la noche la viste de raso y le envía la perla gorda de la luna.

En España no hay lagos importantes como en América y Africa, como en Italia y Rusia y en Suiza. En el Canadá son tan grandes que, parecen mares pequeños, los surcan barcos de chimeneas, y en las orillas se alzan puertos. En el Brasil los hay hasta de 300 kilómetros, y con islas y todo. El lago de Ginebra, junto a los Alpes, tiene un castillo de ensueño muy antiguo y muy bello; cuenta mil años. El de Lucerna hizo célebres las luchas de la independencia suiza en los siglos XIII y XIV. Adornan la dulce Italia románticos lagos cuajados de leyendas suaves y mitológicas; el Ladoga de Finlandia tiñe, desde hace más de un año, con púrpura caliente de soldados su vidrio de hielo roto a cañonazos... Hubo un tiempo remoto en que los hombres buscaban sobre los lagos la paz huyendo de las fieras; vivían en casas construídas en sus aras. Hoy, los más bellos lagos del mundo son escenarios de luchas cruentas.

En España no tenemos lagos importantes, pero sí charcas humildes y lagunas hermosas, que, a falta de historias, sustentan romances de folklore, el de los novios ahogados, el del sapo Juan, que purgaba culpas de hombre...; la de Gallo Canta, las de Ruidera y Benavente..., nombres que suenan a Geografía de primer grado.

A más de tres mil metros de altura, en la corona casi de Sierra Nevada, la laguna de las Yeguas sacia la sed de las águilas. La de la Caldera, debajo del Mulacen, es en la distancia una moneda de cobre antiguo.

En Loja está la de Bacares, entre canteras y serradurías de piedra, cerca del cementerio. Las piedras cortadas, el agua oscura y los cipreses forman un paisaje lúgubre y bello. En Cuenca, la de Uña ofrece espéu-dida sus aguas de truchas a los pescadores... Mas no son éstas, ni las de Sierra Nevada, que copian nieves con rosas de sol; ni las de Castilla, que recogen horizontes malvas, lejanas de poblado, las que más cautivan el sentimiento. Son las que moran junto a las aldeas, en la esmeralda de los ejidos y se abren a las noches como lotos nupciales entre coros de ranas alegres y plata de grillos temblorosos. Ojos del campo tendido. Los aviadores deben desentir desde arriba la atracción femenina de sus verdes miradas.

El agua quieta se baña desnuda en la pereza de otoño. De las tierras de labranza le llegan canciones de sementera y se extasia escuchándolas en su soledad. Mansa, como mastín de majada, recibe en su lomo las piedras que le tiran los arrapiezos al salir de la escuela, y para ellos guarda sus círculos concéntricos que se tienden en ondas de risa infantil. ¡Ah, si ellas tuvieran voz! Cantarían con los chicos tonadas marineras a sus barquillos de papel. El agua quieta vive y sueña al compás de la aldea, colma la sed de las bestias de labor, de las blancas ovejas y los perros trashuman-tes. Charcas pueblerinas, confidentes de amores de mozas y de ranas trasnochadoras.

A veces, al borde de la charca crece un árbol, viviendo de su frescura, solitario y frondoso, siempre mirándose en el cristal estampado de flores de vidrio, como doncel encantado de otro siglo. Y ella lo acoge en su espejo llena de ternura y lo proyecta hacia abajo para enseñarle los secretos de su fondo. Cuando el estiaje se la lleve, el árbol seguirá esperándola junto a la cama ondulada de barro seco. El álamo sabe que se la devolverá el cielo, que la traerán las lluvias y las nieves como el invierno de la vida nos trae más azules los recuerdos de la juventud.